

condicion; pero le faltan medios; quiere elevarse en la sociedad, adquirir un puesto distinguido, fama, nombradía; pero carece de posibles.

“Poderoso caballero
Es don dinero.”

¿De dónde conseguirle? ¿Cómo obligarle á venir á sus manos? ¿cómo llegar á merecer sus favores? ¡Un tesoro! ¡una mina! ¡una lotería! . . . Sí, una lotería, ya que el trabajo nada produce, ya que la economía y las privaciones no mejoran la suerte, no ablandan á la fortuna. ¡Una lotería! . . . Pero ¿cómo adivinar el número que ha de ser premiado?

Una hermosa dama, sí, hermosa, pero no rica, desea ardientemente presentarse en un baile adornada con magnificencia; ya logró un trage con que hará morir de envidia á las mas encopetadas señoritas de la corte. Consulta con el espejo y sonríe al mirarse tan hechicera; mas. . . ¿qué sombra anubla su frente? Nota que le hace falta un aderezo de diamantes; ¡ah si poseyera el que estrenó hace poco la vireina! ¿cómo tener uno igual ó semejante?

La dama y el caballero saldrán de angustias acudiendo á la Mulata.

Era esta, en suma, una Circe, una Medea, una Pitonisa, una Sibila, una bruja, un ser extraordinario á quien nada habia ocultado, á quien todo obedecia, y cuyo poder alcanzaba hasta trastornar las leyes de la naturaleza. . . Era, en fin, una mujer á quien hubiera colocado la antigüedad entre sus diosas, ó á lo menos entre sus mas veneradas sacerdotisas; era un *medium*, y de los mas privilegiados, de los mas favorecidos que disfrutó la escuela espiritada de aquella época. . . ¡Lástima grande que no viviera en la nuestra! ¿de qué portentos no fuéramos testigos! ¿qué revelaciones no haria en su tiempo! ¿cuántas evocaciones! ¿cuántos espíritus no vendrian sumisos á su voz! ¿cuántos incrédulos dejarían de serlo!

Pero la Inquisicion era demasiado lince y superlativamente materialista. Cuando llegaron á sus oidos tan estupendas maravillas, sonrió con desden y clavó sobre la maga una mirada de serpiente. Despues alzó la mano con sorna dispuesta á caer sobre su presa; escabúllese esta con celeridad vertiginosa y cruzó triunfante por el cielo; pero su perseguidora ya estaba prepa-

rada á este lance; tiende en el aire su red de acero y. . . no hubo escape, la Mulata quedó prendida entre las mallas.

Cuando se supo que yacia sumida en una de las cárceles del Santo Oficio, quedaron consternados sus prosélitos y admiradores; mas entonces á ella, que todo lo sabia, le llegó su vez de reir, y lo hizo con una desdeñosa carcajada que resonó pavorosamente por todos los ángulos del edificio.

Tenia razon.

Pasado algun tiempo, y cuando ya se iba desconfiando mas y mas de la fuerza sobrehumana de que habia hecho alarde; cuando los que la tenian presente aguardaban que de un dia á otro se leyera su causa en un auto de fe, é incontinenti fuese conducida al quemadero, ella se propuso chasquear á sus guardianes y dejar atónito á todo el mundo.

Estamos en la mazmorra inmundada que la aprisiona: en una de las paredes ha pintado con carbon un buque, y está presente el carcelero contemplando el primor de la pintura.

—¿Qué le falta á este barco? pregunta la Mulata.

—Nada, respondió el guardian, solo que ande.

—Eso es lo de menos; pero no caminará solo.

En diciendo esto la hechicera, por una de sus artes, se introdujo en el buque susodicho, el cual comenzó á deslizarse poco á poco á lo largo de la pared, hasta perderse con su carga en el rincón de la pieza, quedando el espectador de aquella escena con un palmo de narices.

Desde entonces desapareció para siempre la Mulata.

XX.

UN REO QUE PARECE JUEZ.

—¿Ya sabes la gran nueva de hoy?

—¿Llega acaso el galeon de Filipinas! ¿está ya en Veracruz la flota de España? ¿trae mercedes! ¿á quiénes!

—Cierto que ignoras cómo anda el mundo.

—Pues dime ¿qué hay! . . .

—¡Qué ha de haber! ¡que el Santo Oficio ha hecho hoy una gran presa, una presa ilustre! Ya se persuadirán los detractores de la Santa Inquisición que no sabe lo que es acepción de personas, que para ella lo mismo es el rico que el pobre, el rey que el vasallo. Esto hacía falta, sí, un ejemplo ruidoso, un caso nunca visto, ¡la primera autoridad haber de reconocer que muy cerca de sí tiene al superior que vela sus pasos! ¡excelente!

—¡Pero tú te has vuelto loco, y quieres que yo te acompañe á San Hipólito! ¡acabarás de decirme qué pasa?

—¡Qué pasa?

—Sí.

—¡Que su excelencia el señor virey tiene que comparecer hoy día (óyelo bien) ante el tremendo tribunal del Santo Oficio! . . .

—¡Cómo es eso!

—Sí, se le citó inmediatamente. . . . ¡muy acertado! . . . y á pesar de su pompa, á pesar de su boato. . . . habrá de obedecer. Ya lo veremos, señor marques de Croix, ¡de Croix! tras de la cruz está el diablo!

—Hasta ahora. . . si no te esplicas mas. . . .

—Pues sí, sábelo bien. La corte está escandalizada, y en breve lo estará todo el reino; porque quien debía ser un espejo de religiosidad, un dechado para todos nosotros, es el primero que ve con menosprecio las cosas sagradas.

—Ah! vamos, algun sacrilegio!

—Hoy que nuestra Santa Madre Iglesia recuerda al hombre que es polvo y. . . .

—Ceniza: dígalo si no mi frente.

—Fueron los señores canónigos á las Casas Reales á dar, segun costumbre, la ceniza al señor virey; pero su excelencia. . . .

—¡La rehusó!

—No tanto; pero sí mandó decirles que tuvieran á bien aguardar. . . . ¡como si tratase con alguna comision de concejales de pueblo!

—¡Pero al cabo tomó ceniza?

—Sí.

—¡Vaya si no me sales con el parto de los montes! ¡No ves que su excelencia tendria á la sazón algun negocio cuyo despacho no pudo retardar!

—Lo cierto es que á la media hora ya estaba emplazado para presentarse ante el Santo Tribunal.

—¡Y no le sorprendió la cita!

—¡Vaya si no! Dicen que al recibirla exclamó: "con que tambien los vireyes están comprendidos en la jurisdiccion del Santo Oficio!" Ya ves que lo que debe sorprender es la duda de su excelencia.

—¡Y no cabe en que acudirá al llamamiento?

—Y dentro de pocos instantes, como lo verás.

En efecto, no bien habian terminado su diálogo nuestros dos interlocutores, cuando los toques de ordenanza anunciaron en Palacio que salia el virey; salia, es verdad, mas no solo, sino al frente de un batallon competentemente armado y seguido de una batería.

Toda la gente se preguntaba con susto qué objeto tenia aquel aparato; pero la comitiva siguió impávida en direccion á las casas del Santo Oficio.

Al llegar, la tropa puso cerco al edificio y el virey atravesó con serenidad el patio, subió la escalera y se presentó en la sala de audiencia ante los inquisidores, que con grande autoridad le esperaban sentados en el tribunal. Sus miradas se fijaron á un tiempo en el emplazado con una espresion indefinible que podia significar sorpresa, satisfaccion, orgullo y aun altivez. Pero él con una calma imperturbable y cierto aire libre y depresivo como de quien viene á imponer la ley antes que recibirla, sin esperar á que le hablasen, sacó el reloj y tomó la palabra, encarándose al inquisidor presidente:

—Ante todo conviene tener entendido que para esta entrevista no podemos disponer sino de diez minutos. Vea V. S. lo que tiene que decirme en este espacio, porque si espira antes de que salga á la calle, la artillería que está abocada al edificio empezará á obrar hasta reducirlo á escombros. Por lo mismo creo que á todos nos importa ser breves.

—No cabe la menor duda, excelentísimo señor, aunque es extraño. . . .

—Bien; pues pasemos al asunto.

—No hay para qué seguir adelante, excelentísimo señor.

—Segun eso la audiencia está terminada.

—Y muy felizmente, porque. . . . Será bien que V. E. piense ya en retirarse.

—Porque quien se presenta á juicio con tantos y tales abogados. . . .

—No puede menos de salir airoso; pero, dispensando, suplico á V. E. se digne retirarse.

—Podemos hablar todavía por algunos minutos.

—No es menester, y el tiempo es precioso. . . . una distraccion!

—Podia sermos fuuesta. . . . comprendo. Asi que. . . .

Al decir el virey estas palabras, hizo una ligera inclinacion ante el tribunal, y consultando el reloj con presteza empezó á andar sosegadamente.

Cuando llegó á la calle, y antes de montar en su coche, dirigió una mirada al rededor. La gente estaba azorada esperando con avidez el resultado del juicio. La mecha humeaba en manos de los artilleros y el jefe de la fuerza, inmóvil como una estatua, seguía con la mirada fija en la carátula de su reloj los pasos del minuterero.

—¡A Palacio! se oyó decir desde la testera del carruaje, con un acento que no indicaba la menor emocion, y casi en el mismo instante partió el carruaje, atravesando despues orgullosamente la plazuela de Santo Domingo.

¡A Palacio! . . . por entonces; mas no pasó mucho tiempo sin que el marques de Croix recibiese la orden de volverse á España.

No podia la Inquisicion entregar maniatado al virey á la voracidad del quemadero; pero sí pudo comparecer ante el monarca y suplicarle con semblante beato, con actitud doliente, que separase del gobierno de la Nueva-España á un hombre que hacia esperar á los canónigos para tomar ceniza, y que se presentaba á las casas del Santo Oficio como si fuera á apoderarse de un fuerte por asalto. Faltas eran estas que podia disimular, mas nunca echar en olvido. Sobre todo, jamás toleró que le usurpasen sus fueros, y nunca pensó sin derrame de bilis en un reo que parece juez.

XXI.

PRESOS INSIGNES.

El calabozo que la Inquisicion habia preparado para el virey quedó, como hemos visto, esperando el bocado con la boca abierta. Al fin tuvo que resignarse á perderle, aunque no sin desconsuelo. Con todo, pronto vinieron á reemplazarle nuevas presas, supliendo la abundancia lo ilustre de la que se habia escapado.

El Santo Oficio era insaciable; su actividad rayaba en fabulosa; no podia estar muchos dias sin alimento, y casi siempre ponía los ojos en las eminencias de la sociedad: la vulgaridad le fastidiaba, y en esta parte era mas exigente y descontentadizo que el minotauro. Obra interminable seria la enumeracion detallada de todas las víctimas que respiraron el aire infecto de sus cárceles, pero ¿cómo pasar en silencio los nombres de algunas cuya memoria derrama un bálsamo en el corazon, y será el esmalte de este libro!

Morelos! Hidalgo! Teresa de Mier! . . . ¿cuántos recuerdos despiertan en el alma al evocar estas sombras venerables! ¡Su gloria está llenando los primeros lustros de nuestro siglo, y se asocia melodiosamente á todos los sentimientos patrióticos, á todas las mas nobles y fervientes aspiraciones que engalanaron la aurora de nuestra regeneracion social y política!

Sí, estos ciudadanos eminentes fueron el blanco de los tiros de la Inquisicion, y dos de ellos gustaron el pan negro de sus calabozos. Sin embargo, el tiempo en que tuvieron esta suerte corresponde al período de la historia del tribunal, en que ya no era ni la sombra de lo que fué: su rigor ya habia amainado; en el lugar del brasero crecian los árboles de la alameda con su pompa y sus aves, como para borrar la enojosa memoria del tormento; ya no se celebraban tan á menudo los autos de fe; la mayor parte de estos eran secretos y particulares como si el tribunal